VIAJE AL MAS ALLA

por Daniel Tubau

Eramos cuatro en aquella reunión. De ellos, dos murieron en el transcurso de la misma y otro desapareció (al parecer tras las huellas de lo que allí vio), siendo yo el único que sobrevive en un lugar civilizado. Ignoro como llegamos a aquel tema, pero recuerdo que nos hallábamos enzarzados en una profunda discusión que giraba en torno a las similitudes observadas entre los mundos creados por Lovecraft y los que aparecen en obras tales como «El bardo Thodol» y la narración egipcia «El libro de los muertos».

En aquel momento hablaba Joz Bronz, un germano-francés que residía en Inglaterra.

–¿Acaso no son igualmente extraños e inconcebibles los lugares descriptos por el bardo egipcio al referirse al más allá y los sueños contenidos en «Viajes al otro mundo»?

–En efecto –afirmó Wardett–. Re-Stau en comparación con Yaddith...

–No olvidéis –intervino Angelo, el italiano–, que «El libro de los muertos» era un medio del que se servían los sacerdotes egipcios para educar al pueblo en la resignación y el sometimiento inculcándoles la creencia de que les esperaba una nueva vida que compensaría sus sufrimientos en la tierra y, por si fuera poco, al venderles el libro, los sacerdotes se apropiaban de las pocas monedas que ellos mismos les habían dado mementos antes en compensación por su trabajo.

–Lo que dices es cierto –dije yo–, pero no creo que constituya una razón para menospreciar el contenido de tan singular libro.

–No he dicho tal cosa –aclaró pacientemente–, si me lo permitís, expondré mi teoría más extensamente.

Esperó nuestro tácito consentimiento y comenzó a decir:

–Examinando la historia de la humanidad hasta nuestros días, podremos reparar en un hecho que se repiten todos los pueblos, en todas las culturas y en todas las épocas: la religión y la utilización de la misma para someter moral, social y económicamente al pueblo. El hombre necesita de dioses en los que confiar, dioses capaces de satisfacer sus esperanzas de felicidad, de esa felicidad que resulta tan difícil de hallar en la tierra. El ser humano se entrega en mayor o menor medida a esos seres superiores y según evoluciona los moldea a su gusto, los hace bondadosos o terribles y crea con ello la dicotomía entre el cielo e infierno. Observando la maldad que le rodea y la bondad que en ocasiones intuye, necesita personificarlas en entes superiores. Es sorprendente la facilidad con que los pueblos transforman los caracteres de sus deidades cuando algo trastoca el modelo original. Si a pesar de ser su dios bondadoso, la desgracia asola a una determinada cultura, esta se contenta

atribuyéndolo a un debilitamiento de las potencias benéficas o explican puerilmente que esa es la voluntad de los dioses y que el hombre está condenado a sufrir en la tierra para poder obtener la recompensa del paraíso. De ahí a establecer unas líneas de conducta que siempre benefician al poder solo hay un paso. Más, la pregunta es: ¿los hombres crearon a los dioses o en realidad se percataron de que existían otros mundos paralelos, superiores o incluso inferiores al de la tierra poblados por seres desconocidos? Si fuera así, y al no comprender en su auténtica dimensión tales mundos, el hombre los adaptó a su conveniencia y con el tiempo los desarrolló de tal modo que perdieron su verdadera identidad. Yo puedo asegurar que esta segunda teoría es la acertada y que los sacerdotes que difundieron el libro no alcanzaban a captar su significado, pues es de todos conocido que el texto procede (así como gran parte e los mitos egipcios) de la traducción de su arcaico volumen de origen hindú. Y es mi opinión que la raza que escribió tal libro, no pertenece a este mundo, sino que procede de las estrellas o de alguna dimensión paralela.

–Coincido plenamente con la primera parte de tu razonamiento, pero las últimas afirmaciones que has formulado entran dentro del campo de la fantasía, y yo me precio de mantener los pies sobre la tierra, aún cuando mi mente viaje por mundos que no existen– condenó Wardett.

–Aunque sus teorías son sumamente interesantes –prosiguió Bronz mirando a Angelo–; estoy de acuerdo con Wardett. lo demás son fantasías y nosotros somos hombres de razón pese a nuestro interés por lo oculto.

–Sin embargo, lo que digo no es en esencia fantástico, pues ¿cómo explicar sino la semejanza entre los combates narrados en el Rig-Veda hindú y una batalla entre naves espaciales? En verdad, lo que digo no es más irreverente que el absurdo y trasnochado dios bueno y todopoderoso al que profesas culto.

–Pasaré por alto su última alusión y le diré que las descripciones del texto hindú me desconciertan sobremanera, pues ciertamente, su similitud con un combate aéreo es notable. Pero existe una explicación racional, y es que el hombre que escribió aquel libro era algo así como un Julio Verne de la antigüedad–, aseveró Bronz con su particular manía de tratarnos de usted a pesar de que hacía ya años que nos conocía. Sin duda se debía a la férrea disciplina germana que su padre le inculcó.

–Siempre y cuando no tengamos en cuenta que Verne predijo todo aquello en una época relativamente avanzada –repuse yo–. Según la reconstrucción hecha por los eruditos, la India del Rig-Veda no era así –y añadí–: además lo imaginado por Verne empalidece frente a lo narrado por le bardo hindú. Lo que predijo el primero ya ha ocurrida o está en vísperas de ocurrir, no así las furiosas batallas espaciales descritas en el Rig-Veda. Confieso que me siento inclinado a compartir las ideas de Angelo. Su teoría explicaría de modo concluyente los extraños hechos y objetos que existen sobre la tierra y cuyo origen no ha podido ser explicado satisfactoriamente.

–Bien, las opiniones están igualadas y las espadas siguen en alto –rió Wardett con su fino humor inglés.

–Creo que ha llegado el momento de aportar pruebas convincentes.

Naturalmente han de ser ustedes quienes las saquen a relucir –dijo Bronz a la vez que una leve sonrisa aparecía en sus labios ante el convencimiento de que aquello era imposible.
–Tengo las pruebas y os invito a conocerlas junto a mí.
La afirmación nos sorprendió a todos y dirigimos una inquisitiva y escéptica mirada a Angelo.
–Sí, vosotros mismos podréis comprobar con eso estupefactos ojos con que me atravesáis la veracidad de mis afirmaciones. Otros lo hicieron antes.
–¿Hicieron qué? –pregunté.
–Viajar a otros mundos y presenciar lo que el genio de Provedence nos intenta describir con palabras.
–Pero... pero, ¿no puedo creer que des crédito a tales supercherías. ¿Hablas en serio?
–¿Por qué no?, nadie ha demostrado que lo que Lovecraft narra sea producto de su imaginación, al menos en general. Es natural novelizar algunos de los pasajes de sus libros, pero no toda la obra.
–Cierto –asentí–. Los extraños y reales casos de Insmounth a los uqe sin duda se acerca más Lovecraft que cualquier escritor que por medio e la razón haya intentado hallar una respuesta; el viaje a las Montañas de la Locura (que el viejo George conocía mucho antes de que Lovecraft traspasara a novela el documento de uno de los componentes de la expedición) y que tan funestas consecuencias tendría al ser desoída su advertencia por la expedición rusa que viajara a aquellos lugares meses más tarde.
Al terminar mi intervención no pude menos que recordar a George. El fue el fundador de aquella asociación y sin su presencia todo era distinto, nos faltaban sus agudas opiniones y sus esclarecedoras explicaciones. Angelo, interrumpió mis pensamientos y, ante el silencio general, declaró:

–Hoy hace una año y once días exactos de la muerte de George. ya sabéis de la afición del «viejo» pro la simbología cabalísitica, así que no os resultará extraño que en su testamento me pidiese que os reuniera aquí al cabo del tiempo que hoy se cumple.
»Siempre dije que yo era el depositario de todos sus bienes, pero no es así; és distribuyó entre todos nosotros sus pertenencias, pero me rogó que no os fueran entregadas hasta este momento.
»Asimismo, dejó algunos libros que habrán de ir a la biblioteca de la Asociación mientras ésta exista. Entre ellos está el «Necronomicon», de Abdul Alhazred en su traducción castellana de mis seiscientos, que, aunque con muchas claves y párrafos suprimidos representa una fiel versión del texto griego traducido por Philetas. También podréis encontrar «La llave de Menian« y «Experiencias»m de Arnabdi das Salinas. pero vayamos al grano. George me rogó a través de su testamento, que, pasada la fecha establecida, abriera ante todos vosotros este sobre –y extrajo un abultado sobre del bolsillo interior de su chaqueta. Al punto lo abrió y todos vieron que su contenido era una cinta magnetofónica y una carta que se apresuró a leer:
«Hoy viajaré a través de los mundos que se extienden más allá de nuestro espacio, nuestro tiempo y nuestras dimensiones; mis

sensaciones las podréis conocer gracias a la cinta magnetofónica. No creo que yo pueda escucharla junto a vosotros. Ellos han percibido mi profanadora presencia. Vienen tras de mí y el único modo que tengo de vencerles es enfrentarlos. Conozco una invocación que confío les detenga, mas ha de ser recitada en un espacio abierto. Lo haré en el bosque de Greenwood, 'se que aun con la invocación en mi poder cuento con muy pocas posibilidades de sobrevivir, yo he abierto la puerta y mi deber es cerrarla de nuevo, la humanidad entera depende de mí.

En la cinta encontraréis todas las sensaciones que experimenté en mi viaje al más allá, si algo no saliera bien, os facilito la clave para sobrepasar sus límites».

A continuación seguía la invocación acompañada de algunos consejos. Asombrados por la misiva póstuma de nuestro compañero, conectamos la cinta. Tras un largo silencio, escuchamos la invocación, un fuerte rugido parecido a un vendaval nos sobrecogió y la voz de George nos llegó claramente a través de la cinta:

«Viene hacia mí... me lleva con él. Aprieta fuertemente mi brazo y comienzo a sangrar... el signo arquetípico, he de usarlo... Retrocede, se aleja de mi, huyo... Viene de nuevo, me persigue... Una puerta se alza ante mí, no la veo pero sé que está delante mío... me lanzo hacia ella, él no la atravesará. Mi cuerpo... mi cuerpo... ¡Mi cabeza se descompone!, ¡se fragmenta!...

No existo ya, al menos como ente único. Era verdad... los caminos al más allá corren parejos a los de la muerte... Era verdad, soy yo y a la vez soy otros muchos...todos mis antecesores... todos mis predecesores... no existe el tiempo... Un velo, hay un velo ante mis ojos, no, no... ¡NO!».

Después, escuchamos extrañas frases en un lenguaje desconocido que sin duda procedían de la garganta de George y que sin embargo pertenecían a seres de otros mundos, segundos más tarde cesaron toda clase de sonidos, dejamos transcurrir la cinta y un momento después un bestial y horroroso alarido laceró nuestros oídos. Allí acababa la comunicación. Un profundo silencio se adueñó de la estancia. Angelo hizo un ademán y sopesando una a uno sus palabras nos propuso que repitiéramos la experiencia de George.

–Sería perder el tiempo inútilmente –dijo Wardett sin poder contener su nerviosismo. Los labios le temblaban y el sudor recorría las palmas de sus manos.

Finalmente, accedimos a la petición de Angelo. Creí que aquello era un sueño del que pronto me despertaría, que aquello no era real, más el frío viento nocturno que golpeó mi rostro cando abandonamos la mansión camino del bosque, me trasmitió la certeza de que no me hallaba envuelto en una pesadilla.

Nos detuvimos bajo un círculo de robles y comenzamos a recitar la invocación, momentos antes de hacerlo, Bronz me agarró del brazo y me inquirió con temor: «¿No crees que puede ser peligroso?». Aquella fue la primera vez que le oí dirigirse a mí familiarmente. También sería la última.

Intentaré explicar todo lo que experimenté desde que pronunciamos la invocación, pero ¿cómo describir aquella sucesión de angustias y sufrimientos que se apoderaron de mí?. ¿Cómo hacerlo sin bordear la demencia en cada frase?...

Al concluir la invocación me dominó un estado de absoluta laxitud. Sentí que un gran muro, que me era imposible ver, se derrumbaba frente a mí. Lo dejaba atrás y recorría un neblinoso camino de entre los muchos que se extendían delante de mí como una gigantesca tela de araña carente de surcos horizontales. En un momento determinado giré el rostro y pude ver a Bronz caminando tras de mí. Cuando miré de nuevo había desaparecido. Nunca le volví a ver. El camino, que parecía eterno, se perdía tras mis pasos en una mortecina niebla. Ni siquiera sentía mis pasos al andar, no percibía el movimiento de mis piernas. Tan solo avanzaba. Avanzaba sin cesar. Bruscamente, el camino desapareció y me vi cayendo en un abismo infinito. Entonces noté el torturante dolor del más absoluto silencio, mi cabeza parecía estallar una y otra vez sometida al bombardeo de aquel caos silencioso. Caí sobre una superficie blanda y gelatinosa que me sofocaba, intenté emerger de ella pero no pude y todo mi cuerpo se sumergió lentamente en aquella viscosa masa hasta que me hallé bajo ella, sobre una superficie densa y neblinosa por la que se podía caminar fácilmente. Era como un extenso manto en el que ponto advertía movimiento subterráneos, grosera formas que sobresalían bajo la gruesa capa humosa. Intenté evitarlas, pero seguían mi caminar pendientes de cualquier gesto mío. En un momento determinado aparecieron ante mí grandes cajas parecidas a sarcófagos. En cada una de ellas reposaba un cuerpo cubierto con vendas. Tan solo una parte del cuerpo de aquellos seres no estaba cubierta: los ojos, unos ojos amarillentos que sin delatar el más mínimo movimiento eran partícipes del más leve gesto realizado por mí. Uno de los sarcófagos estaba vacío. Entré en él e inmediatamente mi cuerpo quedó cubierto por vendas embalsamadas.. Ahora, yo también miraba a través de ojos amarillentos. Una sombra blanca apareció en la estancia (si se le puede llamar asía a aquel lugar); avanzó hacia mí y apretó lenta, muy lentamente, mi cuello. Perdí la respiración y me desmayé.

Al despertar y mirar a mi alrededor comprobé que altísimos muros me rodeaban, la leve claridad que me permitió efectuar esta observación desapareció súbitamente, dejándome sumido en la más completa oscuridad. Caminé lentamente, casi arrastrándome, en busca de una salida, mis manos tantearon la pared que me rodeaba y mis dedos la siguieron hasta encontrar una abertura por la que me introduje. Cando lo estaba haciendo, la abertura se hizo más estrecha y quedé atrapado a al altura de la cintura. Algo frío me rozó mi cuello y oí el silbido de un machete que se acercaba lentamente dispuesto a guillotinarme. No podía moverme, estaba atrapado, intenté gritar pero no pude. Mi cabeza fue cercenada y rodó por el suelo.

De nuevo me hallaba en la sala de los sarcófagos, estaba embalsamado en vida. Súbitamente sentí que mi cerebro estallaba en mil pedazos y en cada uno de aquellos mil pedazos viví distintas situaciones y sentí mil veces la muerte. Ahora, me hallaba en otro lugar, fuertes vientos se abatían sobre mí. Avancé realizando un esfuerzo supremo; el clima, tornábase bruscamente del más absoluto calor a la más intensa gelidez. Gracias a uno de aquellos bruscos cambios de temperatura mi mente recuperó la lucidez perdida y recordé la invocación que me habría de devolver a mi mundo. Comencé a pronunciarla en voz alta, pero las

palabras sólo sonaban en mi cerebro. Todo a mi alrededor era ruido. Un fragor indescriptible que me hacía perder los sentidos, que penetraba a través de todos los poros de mi pies. Al terminar la frase me desmayé.

Lo primero que escuché al despertar fueron las palabras de alivio de Angelo. Nos hallábamos en el bosque, solo habíamos sobrevivido nosotros dos como ya dije al principio...

¿Lo dije? No, no lo dije... ¿O sí?... Siento que mi cerebro se expande mientras mi cuerpo se fragmenta en innumerables pedazos. VUELVO A LA SALA DE LOS SARCOFAGOS.